

de ofrecer la mejor fachada a cuantos turistas allí se daban cita.

En los salones de aquellos edificios se podían contemplar los productos y herramientas que la tecnología y el esfuerzo de cada país eran capaces de aportar. El visitante tenía la oportunidad de observar el último grito en máquinas de vapor, telares de hilar y tejer, ingenios para la elaboración del azúcar, instrumental médico, prensas para la edición de libros, así como bombas de agua y maquinaria para la agricultura... Aquellos auténticos progresistas, los bisabuelos de nuestros bisabuelos, ciegos creyentes del progreso, tenían la posibilidad de dar rienda suelta a su entusiasmo y a su admiración ante los últimos avances de la técnica, que el hombre podía utilizar para dominar la Naturaleza.

Las exposiciones modernas

Como ya se dijo, en 1851 se celebró la primera Exposición Universal en Londres, concretamente en el Palacio de Cristal, que se construyó en Hyde Park. Aquel edificio constituyó una auténtica conmoción arquitectónica. Tenía una longitud de 564 metros y una superficie de 72.000 metros cuadrados. A excepción del pavimento y de las vigas, todo el resto era de cristal.

Previamente, había sido convocado un concurso internacional, al que concurren más de trescientos aspirantes con sus respectivos proyectos arquitectónicos. Sin embargo, ninguno de ellos se hizo realidad. La obra se encomendó al ingeniero Joseph Paxton, especialista en invernaderos, que en seis meses dio remate a tan gigantesco pabellón. Y bien podría motejarse aquella reunión como la exposición de los seis meses, pues durante los otros seis meses que permaneció abierta al público transitaron por aquellas dependencias seis millones de personas.

A la de Londres siguieron las exposiciones de Nueva York (1853), Munich (1854) y París (1855), que volvió a repetir la

experiencia en 1867. Más tarde se continuaron en Viena (1873), Filadelfia (1876), Sydney (1879) y Melbourne (1880). En fin, por no prolongar la lista hasta el cansancio, limitaremos nuestras referencias, a la única que tuvo lugar en España, la de Barcelona de 1888.

De ella son de sobra conocidos muchos detalles, así como su envoltura histórica, descrita por más de un estudioso. No obstante, el paso de los años borra el recuerdo de algunos acontecimientos, como que la presidencia del acto inaugural estuviera ocupada por un bebé, sentado en un suntuoso sillón. Naturalmente el regio niño era Alfonso XIII, que llevaba un traje blanco y un sombrero del mismo color con plumas. Las fotos de la época son todo un testimonio. El rey hizo su entrada en brazos de su ama, rodeado por los Guardias alabarderos, mientras sonaban los acordes de la Marcha Real. Le sentaron en el sillón, donde dicen las crónicas que permaneció durante todo el tiempo del acto a excepción de un breve intervalo en el que el ama tuvo que sacarle del salón de fiestas del Palacio de Bellas Artes de Barcelona, donde se celebraba la inauguración el día 20 de mayo.

Rius y Tauler, alcalde de Barcelona, abrió la serie de discursos con estas palabras: «¡Bendita mil veces sea la paz! Merced a la benéfica influencia de ese valioso don del cielo, que llena de tranquilidad y de reposo al espíritu, e inunda de inefable gozo el corazón, florecen las Ciencias, prosperan las Artes, crece la Agricultura, se desarrolla la Industria, se extiende el Comercio, avanzan las naciones con paso firme y seguro por la senda del Progreso, y se celebran esas grandes solemnidades del trabajo universal, honra del siglo en que vivimos, que tanto contribuyen a establecer y estrechar vínculos de fraternidad entre todos los pueblos.»

Las mayúsculas del párrafo anterior, son todas ellas propiedad de aquel alcalde catalán. De esto hace ya más de cien años. ■

Javier Paredes es profesor de la Universidad de Alcalá de Henares.

Breve repaso histórico

Sevilla: del esplendor al tipismo

Por Rafael Núñez Florencio

ESTOY en Sevilla, ciudad asentada toda en una llanura a la margen izquierda del Betis (...). Se parece más a las ciudades de Italia que a las demás de España; sus calles son anchas y hermosas, pero la mayor parte de sus casas no son muy buenas, si bien hay algunos palacios que no los tienen mejores ni más bellos en toda España».

Estas líneas, entresacadas de una carta que un gentilhombre veneciano, Andrés Navagero, escribe en la primavera de 1526, ponen de relieve, pese a su brevedad, algunas de las características de la ciudad que llamaban la atención de los forasteros: la magnificencia de ciertas construcciones en primer lugar; aunque apenas esbozado, también los fuertes contrastes sociales; pero sobre todo se aire espacial, en nada semejante a las pobres y polvorrientas urbes castellanas que, a falta de mejor comparación, se traduce aquí por espíritu italiano.

Bien mirado, algo del lujo genovés o veneciano tenía en efecto aquella Sevilla renacentista que empezaba a disfrutar de sus primeros días de esplendor. No es sin embargo hasta la segunda mitad del siglo cuando se dejan sentir verdaderamente todos los beneficios —económicos, administrativos y políticos— del comercio con América. Por lo pronto el número de sus habitantes se duplica, llegando a superar los ciento treinta mil. No sólo en población,

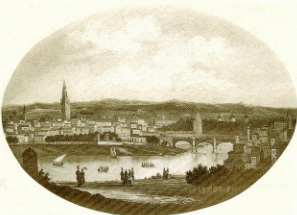
No sólo en población, sino en volumen comercial, riqueza en definitiva, la Sevilla del XVI es con mucho la primera ciudad de España. También, una de las cuatro o cinco más importantes de Occidente



sino en volumen comercial, ríase en definitiva, es con mucho la primera ciudad de España. También, una de las cuatro o cinco más importantes de Occidente.

Es verdad que Sevilla no alberga la corte más poderosa de Europa pero, como reconocen todos, gobierna en cambio un mundo. Más aún, y aún más exacto, se ha convertido en la puerta obligatoria para la comunicación entre dos mundos, el Viejo y el Nuevo. En el Arenal de Sevilla (espacio físico y también título de la comedia de Lope de Vega) se descarga el azúcar, el cacao y sobre todo las míticas riquezas de las Indias, las piedras preciosas, los lingotes de oro y plata...; pero también se cargan, con destino a las lejanas tierras, los más variados productos: tafetanes, brocados y todo tipo de sedas y paños finos; vinos, aceite, bacalao seco y otros comestibles; libros (revisados por el Santo Oficio); jabones, cristales, maderas, toda clase de herramientas y así hasta una lista interminable de productos provenientes de todos los rincones de Europa, desde Escandinavia, los importantes centros comerciales de Lübeck, Hamburgo o las ciudades hanseáticas del Báltico, hasta las más cercanas regiones francesas o el próspero Norte italiano, sin olvidar zonas tan diversas como Bohemia, Holanda o Escocia.

En contra de lo que esa relación sugiere para la mentalidad actual, la actividad comercial no lleva un *tempo* uniforme: los galeones salen hacia Veracruz (México) o Portobelo (Panamá) sólo dos veces al año; bien es verdad que, como parten flotas enteras y nunca un sólo navío, el proceso de carga se dilata cuatro y cinco meses. Pero el frenesí se produce en el momento en que se anuncia la arribada de los barcos procedentes de América. Son tantos los peligros, desde los piratas ingleses que incluso llegan a las puertas de Cádiz hasta los accidentes naturales como la famosa barra de Sanlúcar, que nunca se puede estar seguro acerca del destino de la carga. Ello forja unas expectativas extremas,



desde el enriquecimiento súbito hasta la quiebra absoluta.

Desconfianza hacia las actividades mercantiles

La combinación de esos factores —altísimo riesgo y valor inmenso de la mercancía— crea en Sevilla, en contraposición a otros centros comerciales de la época, una mentalidad *sui generis*, que la evolución de los acontecimientos contribuirá a reforzar. Si se admite la estilización que supone atribuir a toda una ciudad, en un momento histórico, determinados caracteres, diríamos que se trata de una actitud distante, cuando no desconfiada o simplemente refractaria a las actividades mercantiles, complementada con una visión peculiar del destino, que en un principio tiene fuertes connotaciones hedonistas (rechazo de las inversiones, tendencia a la ostentación, disfrute en suma de los placeres del momento), pero que en un período de crisis derivará pronto hacia posiciones que refuerzan un sentimiento trágico de la vida (como se pone de relieve en la religiosidad barroca).

Al contrario de lo que venía sucediendo en las prósperas ciudades comerciales del Occidente europeo ya desde el siglo XIII,

Vista romántica de Sevilla.

Al contrario que en las prósperas ciudades comerciales de Occidente, no se crea en Sevilla una burguesía y unas estructuras económicas que permitan a la ciudad beneficiarse de su privilegiada posición

no se crea en Sevilla una burguesía autóctona y unas estructuras económicas estables que permitan a la ciudad beneficiarse de su privilegiada posición. Sólo una pequeña parte de la riqueza se queda a orillas del Guadalquivir, y en buena medida en manos extranjeras —flamencos, genoveses, franceses— aún hoy subsiste la calle de éstos últimos, *Francos*, en lo que era el centro comercial. En contrapartida, muchos de ellos terminan integrándose en el tejido social de la ciudad, como muestra la pervivencia actual de sus apellidos en ilustres familias sevillanas. Pero hay que subrayar que la cúspide de la pirámide social, que marca el tono a seguir para el resto, está interesada, más que en los negocios, en ampliar sus dominios en el Bajo Guadalquivir y en mantener un lujoso Palacio en el centro de la ciudad.

Si quisiéramos reconstruir el ambiente, como si de una escena cinematográfica se tratara, en torno al mencionado centro urbano —Patio de los Naranjos, Catedral, Alcaicería, Lonja de Mercaderes, Casa de la Moneda...—, la característica más llamativa sería probablemente el cosmopolitismo o, dicho con más precisión, la mezcla social. Desde los más grandes personajes de la aristocracia española a un conjunto informe de pícaros, pordioseros y vagabundos, atraídos por la presonada riqueza de la ciudad; desde damas de gran alcurnia, con joyas, aparatosos trajes y lacayos, hasta alcahuetas y prostitutas, que allanan en este río revuelto su ambiente natural; prelados tan distinguidos como los más altos señores, frailes de diversas órdenes, empleados de la burocracia real, vendedores de toda condición, hidalgos, mendigos, negociantes originarios de cualquier esquina del orbe y... numerosísimos esclavos, «moros» y «negros», más abundantes aquí que en ningún otro lugar de España (una de cuyas huellas perdura en la ciudad con la popular *Cofradía de los Negritos*, que sale a la calle todos los Jueves Santos).

Todo ello se refleja evidente-

mente en la geografía urbana, adornada de deslumbrantes Palacios y ricas Iglesias, sin contar con los grandes momentos heredados del pasado, desde el Alcázar hasta la Torre del Oro; pero también sembrada de un gran número de conventos, donde se reparte la «sopa boba», Hospitales, burdeles, casas destartadas y tortuosas calles, polvorientas o enlodadas, sin olvidar lugares tan tóricos como la famosa Cárcel Real, en la misma calle Sierpes –morada de Cervantes en dos ocasiones distintas–, cuyos inquilinos ejercían, según relata el procurador Cristóbal de Chaves, unos bárbaros métodos de iniciación a los nuevos presos.

Por razones obvias este singular microcosmos ya atrajo en su momento la atención de todo tipo de escritores, empezando por los más grandes –Cervantes, Lope, Tirso...–. La sociedad sevillana comenzó entonces a ser cantera inagotable de tipos y personajes diversos –privilegio que, por otras razones, seguiría conservando– o, desde una perspectiva complementaria, el marco perfecto de lances de honor y amor (convirtiéndose inevitablemente el *Burlador* en la figura emblemática). En el fondo, razones no muy diferentes a las que han llevado en nuestra propia época a tantos hispanistas e historiadores en general, a interesarse por el crisol sevillano, en la medida en que refleja y simboliza las grandezas y miserias de nuestro Siglo de Oro.

Según uno de los más importantes estudiosos, A. Domínguez Ortiz, los destinos de Sevilla y de España entera se funden durante toda la Edad Moderna. Por eso, la decadencia de España implica la de Sevilla, «que era su porción más noble, su joyel más brillante». Si admitimos que determinados hechos, o sus correlativas fechas, entrañan desde la perspectiva histórica un valor simbólico, poco puede discutirse que 1588, con el fracaso de la «Armada Invencible», marca el comienzo de una nueva era, con una Inglaterra emergente y un Imperio español cada vez más cuarteado. En este sentido 1640

supone otro hito, pues a los ya insostenibles conflictos en medio mundo se añaden gravísimas crisis en la propia Península, con la sublevación de Cataluña y la definitiva separación de Portugal. La España del XVII, ha escrito descarnadamente John Elliot, «era una potencia imperial de pasada grandeza que se hallaba reducida a una condición de segundo orden, a objeto de la mofa de Europa».

Las catástrofes del XVII

La Sevilla dorada recibe unos tenues pero inequívocos avisos en las primeras décadas del siglo XVII. Es significativo que en 1623 Diego de Silva Velázquez se traslade a Madrid, siguiendo los pasos de D. Gaspar de Guzmán, Conde-Duque de Olivares. Tanto para desarrollar una carrera artística como política hay que estar en la Corte. A Sevilla le queda el monopolio del comercio americano, pero las incesantes guerras, las dificultades financieras de la Corona e incluso la cada vez más irregular llegada de barcos, son síntomas alarmantes. Por si fuera poco, Cádiz comienza a perfilarse en el horizonte como una rival que va a disputarle la hegemonía comercial.

A perro flaco... Es curioso observar cómo, a partir de ahora, las crónicas de Sevilla nos comienzan a hablar de sucesivas catástrofes, como si éstas hubiesen permanecido hasta este período agazapadas en un recoveco de la historia. Así, en 1626 se produce una de las más impresionantes riadas del Guadalquivir: las barcas surcan las calles de la ciudad rescatando cadáveres y repartiendo víveres, según relata Fray Luis de Zúñiga en un manuscrito significativamente titulado el «Diluvio de Sevilla». Peores aún son los efectos de las cíclicas oleadas de hambrunas y pestes –que, naturalmente, no se circunscriben a la ciudad–: si grave fue la de 1599-1600, la de 1649 supera todos los límites; se contabilizan sesenta mil muertos, ¡la mitad de la población! En

certera y concisa expresión de P. Chauna, tras 1649, Sevilla dejó de ser Sevilla.

No acaban ahí las desgracias, pues las décadas de los 70 y 80 traen más hambre, enfermedades y hasta temblores de tierra. Un dato suficientemente expresivo: en 1677, ante el temor de que se repita la gran peste del 49, se decide, como señal de penitencia, suspender las representaciones teatrales. (No volverán a reanudarse hasta casi un siglo después). Se crea un nuevo universo mental o, mejor dicho, la hipertrofia de una actitud que ya latía años atrás: despejo de la vanidad mundana, meditación ante la muerte, piedad extrema sobre todo; una sensibilidad que se canaliza, desde el punto de vista más llamativo y tangible, hacia las obras de misericordia (baste citar la labor del Hospital de la Caridad o, en general, la cantidad inmensa de dinero destinada a obras pías). Es la Sevilla de Valdés Leal, de Martínez Montañés, de D. Miguel de Mañara.

La Sevilla Barroca

Corremos el riesgo, sin embargo, de cargar las tintas. Del mismo modo que en la Sevilla esplendorosa del quinientos –señalamos una serie de claroscuros, tendríamos ahora que mencionar los aspectos vialistas de la Sevilla barroca, empezando por sus vistosas fiestas –casi siempre celebraciones religiosas: Semana Santa, Corpus...– plélicas de pompa y sincera devoción, o los magníficos mecenazgos, de los que se beneficia principalmente la pintura sacra. ¿Cómo olvidar en definitiva que ésta es también la Sevilla de Murillo, o la que se apasiona con el misterio, aún no dogma, de la Inmaculada Concepción? A pesar de todo, seguía siendo una ciudad enormemente rica. La crisis había agudizado los contrastes sociales, pero la población era, en otro sentido, más homogénea, pues casi habían desaparecido los esclavos, del mismo modo que, al compás del declive comercial, iba dismi-

Con el romanticismo, Sevilla –ahora representativa de Andalucía, quintaesencia de lo andaluz– vuelve a ponerse de moda. Ofrece la imagen de España que los extranjeros, hastiados de racionalismo y progreso, quieren ver

Grabado que representa parte de la catedral.



nuyendo progresivamente la colonia extranjera.

Si la Sevilla barroca puede enorgullecerse todavía de la grandeza de sus expresiones artísticas, la urbe que halla el nuevo siglo ha dejado ya muy atrás, en todos los aspectos, sus días de gloria. La Sevilla dieciochesca —que no ilustrada— es simplemente una ciudad de la España interior, con lo que ello supone de marginación de un país que, *a fortiori*, ha perdido la batuta del concierto internacional; al Estado le restan, que no es poco, grandes posesiones en América, de la misma manera que a Sevilla le quedan suculentas migajas de su pasado. Pero nadie puede llamarse a engaño: con la llegada de los Borbones se ha reforzado el papel de Madrid, a la que quieren convertir en gran capital europea. El proceso se intensificará con los proyectos ilustrados de Carlos III. Barcelona, por otro lado, va experimentando un gran crecimiento y termina sobrepasando en población a Sevilla, que queda en un discreto tercer puesto, pero con Valencia y Cádiz pisándole los talones.

Una ciudad ensimismada, piadosa, que sobre todo, ha perdido el compás de los tiempos. A pesar de algunos chispazos —la Regia Sociedad Médica, la labor de reformadores aislados: Pablo de Olavide, Antonio de Ulloa...—, el espíritu ilustrado no llega a prender en Sevilla. Más bien lo contrario: los tímidos intentos renovadores sirven, más que nada, para encender la reacción.

Para bien o para mal, no podemos dejar de evocar la Sevilla de finales del siglo XVIII sin traer a colación las imágenes que nos ha legado Blanco White. Impresionante, por ejemplo, la descripción del ambiente de la ciudad en torno a 1800, cuando la fiebre amarilla se lleva a más de un tercio de sus ochenta mil habitantes. Imprescindible, por su lado, el retrato de costumbres y de los rasgos sobresalientes de la vida social. Pero, más allá de eso, no podemos ignorar sobre todo que las *Cartas de España* aparecen en Inglaterra, y en 1822, convirtiéndose desde su publicación en una



Plaza de San Francisco.

A Sevilla le queda el monopolio del comercio americano, pero las incascentes guerras, las dificultades financieras de la Corona e, incluso, la cada vez más irregular llegada de barcos, son síntomas alarmantes

obra clave (y escandalosa, por su feroz anticlericalismo) para entender la imagen y los prejuicios que acerca de Sevilla y los sevillanos se forman en aquel país. Ello es particularmente importante debido a la moda decimonónica de los viajes exóticos.

España, y más concretamente Andalucía, ofrece a los curiosos, ingleses y franceses sobre todo, un exotismo cercano, casi a la vuelta de la esquina. En 1828 Washington Irving llega a Granada; en 1830 visitan Andalucía

personajes tan diversos como Henry David Inglis, Prosper Mérimée o Richard Ford; entre 1836 y 1840, el simpático George Borrow —«Don Jorgito, el inglés»— se patea España de cabo a rabo; en 1839 nos visita Stendhal, en 1840 Théophile Gautier... Venir a España, poblada de gitanos, saltadores y mujeres ardientes, es una aventura. La mayoría de estos viajeros se sienten en la obligación de escribir sus Memorias.

Un marco legendario y misterioso

Con el romanticismo, Sevilla —ahora representativa de Andalucía, quintaesencia de lo andaluz— vuelve a ponerse de moda. Ofrece la imagen de España que los extranjeros, hastiados de racionalismo y progreso, quieren ver: un marco legendario, misterioso, en el que perdura el espíritu árabe, donde resuenan los ecos del esplendor del Siglo de Oro; un impagable vestigio del pasado, no ya sólo a nivel de callejuelas o monumentos, sino en las costumbres, en las mentalidades; y sobre todo, un lugar mágico o milagroso, donde se combinan sentimiento, instinto y dolor en dosis extremas, donde la vitalidad se encuentra a flor de piel y la sen-

sualidad se desborda.

La Sevilla de *Carmen* sobrevive al fulgor romántico. Se suceden las agitaciones políticas, los pronunciamientos; pasan las Revoluciones y llega la Restauración borbónica de la mano de Cánovas, sin que bajo ningún Régimen surja una clase emprendedora que dinamice la vida de la ciudad. Si España va perdiendo peligrosamente el tren del progreso respecto a otros países del Occidente europeo, Sevilla a su vez va perdiendo su oportunidad en relación al conjunto español. Lo normal es que políticos e intelectuales sevillanos, si quieren hacer carrera, escapen hacia Madrid. Eso sí, la ciudad se COMPLACE en asemejarse cada vez más al retrato que le han hecho sus visitantes, de tal modo que el estereotipo corre peligro de hacerse realidad.

Obedeciendo al mismo impulso que sus compatriotas románticos, llega Gerald Brenan a Andalucía. En 1923 visitó Sevilla, encontrando «un paraíso terrenal donde el aire que uno respiraba parecía estar hecho de alegría y felicidad». Pervive en su descripción la Sevilla del flamenco, del amor fácil, de la fiesta y la despreocupación. Sin embargo, una actitud más crítica, procedente en muchos casos de intelectuales sevillanos, se extiende a lo largo del siglo XX: se trata en síntesis, desde unos presupuestos que podríamos llamar regeneracionistas, de rechazar el pintoresquismo como único destino, de romper con el símbolo obligado de «España de charanga y pande-reta», estableciendo nuevos proyectos y horizontes que permitan el resurgir de la ciudad. Tales planteamientos, expresados en diferentes etapas de nuestra historia reciente, no han llegado plenamente a cuajar. El ejemplo de la Exposición Universal de 1929 muestra hasta qué punto es difícil cambiar de sentido un largo proceso histórico o, simplemente, romper la inercia. ■

Rafael Núñez Florencio es profesor de Historia del Pensamiento en la Facultad de Geografía e Historia de la Universidad Complutense de Madrid.